

Diego Martín Tagarelli

**RELATOS
CORTADOS**

Relatos cortados

DIEGO MARTÍN TAGARELLI

Relatos cortados

Qellqasqa Editorial
Mendoza, 2023

Tagarelli, Diego Martín

Relatos cortados / Diego Martín Tagarelli. - 1a ed. -

Guaymallén : Qellqasqa, 2023.

96 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-4026-91-0

1. Crónica de Viajes. 2. Narrativa Latinoamericana. I. Título.

CDD 910.4

Relatos cortados

Diego Martín Tagarelli

Derechos de esta edición 2023:

Contenidos: Diego Martín Tagarelli

Edición: Qellqasqa Editorial

ISBN 978-987-4026-91-0

Diseño de tapa: Qellqasqa Editorial

Aportes de corrección: Iván Daniel Tagarelli

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

*A las calles, campos,
barrios y paisajes de Sudamérica.*

Prólogo

Acá estoy feliz, acá pertenezco

POCHO, EL PESCADOR

Cuando este libro llegó a mis manos, se me vino a la mente una fotografía que tomé en el año 2015. En la imagen se ve a un hombre vestido de café caminando por el puerto de Cartagena, cargando al hombro una decena de bidones de agua.

Siempre me pregunté qué empresa estaría llevando adelante con esa cantidad de envases plásticos. La respuesta hubiese sido instantánea, si luego de capturarlo con mi lente me acercaba a él. Creo que, en su momento, me resultó más cautivante no saberlo. O, quizás, me ganó la pereza. También entendí que la mirada de los turistas es muchas veces superficial y se les escapa la mayor parte de la realidad de los pueblos que visita.

Relatos cortados no es estrictamente un cuaderno de viajes, pero invita a explorar Latinoamérica a través de sus personajes cotidianos, a recorrer las leyendas que surgen por sus angostas calles y a sumergirse en sus historias mínimas.

Existe en cada uno de sus cuentos una musicalidad y un sabor que sacude el paladar y más de un sentido. Por momentos puede sonar una guaracha con gusto a caña, escucharse el lamento de una generación que quedó privada de sus tierras o el grito que nace de las entrañas en favor de la identidad.

Y es que la mayoría de las narraciones de este compendio no son ajenas al autor. Diego Tagarelli realizó diversos viajes por Latinoamérica: caminó Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Perú y Argentina. Aprendió a subsistir sin comodidades y vivenció y padeció las realidades de esas comunidades porque terminó formando parte de ellas. Se adentró en su mundo desinteresadamente, sin preguntas incómodas.

Las historias cotidianas se funden así con elementos mágicos o milagrosos, transmitiendo lo invisible. Así, surgen *El brujo de la zamba*, que en una noche de farra y vino Torrontés en la provincia de Salta, terminó con tres balas en el pecho al mítico cantor norteño; la prostituta conocida como *La mujer con cartera* que engañaba clientes utilizando como arma su exuberancia en alguna ciudad perdida; y también Pocho, el pescador, quien vivió siempre entre la arena y frondas de palmera, allá en las costas de Cumaná, Venezuela, sin abandonar jamás los mares y el arte de la pesca, a pesar de toda amenaza.

Sociólogo de profesión, Diego Tagarelli ha construido y destruido lo aprendido a lo largo de sus andanzas y vivencias. Sus conceptos teóricos y prácticos se fueron moldeando según las pautas de la calle, totalmente opuestas a las normativas de la academia.

La pared de una casa en Maracaibo lindera con otra en La Consulta; un borracho en una cantina de La Paz choca vasos con un cantor de El Sosneado, y la misma reyerta puede disputarse en Medellín, Manaus o el barrio La Gloria.

Los caminos latinoamericanos tienen un origen en común: de sangre derramada, de sometimiento, desigualdad y de democracias tambaleantes. En el medio, están los personajes que escogió el autor para mostrar resistencia, con sus luces y sus sombras, con sus ritmos y sus colores.

Un libro indispensable para conocer de la mano del realismo mágico lo que nos identifica.

ADRIANA LUI

Amor de mendigos

Se habían conocido en una plazoleta de la ciudad, hurgando cestos de residuos y orillando acequias en busca de cartón. La pareja de mendigos, cansados de eludir la policía y de amarse a escondidas bajo el ancho puente de la costanera, un día decidieron marcharse y caminar por la ruta 40 con destino incierto.

Recorrieron más de 100 kilómetros durante varios días, con apenas unas frazadas viejas y una olla carbonizada para cocinar las verduras que ocasionalmente caían desde algún camión transportista o, si tenían suerte, para estofar un conejito de cerco que cazaban con trampas de alambre cuando se adentraban al campo, hambrientos.

El desprecio e indiferencia hacia ellos los hizo acostumar a no registrar la gente a su alrededor. Para la pareja de mendigos no había nada en este mundo más que el amor que se tenían el uno por el otro, en la penuria de la pobreza.

Por casualidad o por designio llegaron a *La Consulta* un marzo del año '98. Construyeron un rancho de tablas en el descampado ubicado a metros de la terminal de ómnibus, en aquel pueblo de montaña. Y allí se quedaron, tal vez felices porque la gente nunca notó su presencia.

No eran de deambular por las calles del pueblo; optaban por recoger frutas y verduras de las fincas o pescar truchas en los arroyos cercanos a *La Remonta*. Sabían sobrevivir. A pesar de todo, sin nada, la pareja de mendigos supo vivir a su manera. Su amor bastaba para celar la pobreza.

Pero el castigo a los pobres a veces no tiene compasión. El invierno, esta vez, fue tan feroz que ni los leños encendidos pudieron abrigar aquel amor de mendigos. Los encontraron días después, sin vida, abrazados bajo el hielo del valle.

El cantor de los cerros

Agapito Colmenares vive en *El Cerro del Tigre*. Desde chico comenzó a tocar el *cuatro*. También aprendió guitarra, componiendo desde joven hermosas canciones llaneras, valeses o tonadas campestres.

A sus 12 años hacía de changarín en el mercado popular de Barquisimeto, cargando al hombro bolsas de maíz molido y frutas de auyamas maduras. Cuando el litro de leche costaba un día entero de trabajo, ahorró lo justo para comprar las cuerdas que le faltaban a esa guitarra que un anciano campesino le obsequió, cuando niño.

Ya siendo un hombre, Agapito levantó su hogar con madera dura y se hizo agricultor, allá en el Cerro del Tigre. El cultivo de café, cambures o la cría de animales le bastaban para sostener las necesidades de sus tres hijos, junto a doña Hilda, su mujer.

Cuando venía gente de otros caseríos los recibía con un carneo de chivo criollo y *suero* picante, ese rico derivado de la leche que sirve para acompañar arepas o arroz cocido.

Pero Agapito no sólo es agricultor. Tiene, además, una voz fina e insuperable que despunta en sus inspiraciones

astutas y picaronas cuando le canta a una dama, a la montaña, al atardecer o a las deudas de caballeros que terminan en retos a muerte por una riña de gallos.

El lugar donde vive lo llama, honradamente, *Las Llanadas*, y a sus canciones las bautizó como *música venezolana*. Ahí en su campo, con su guitarra y sus coplas, ¿qué más podía pedir? Porque si faltaba algo bajaba en caballo al pueblo de Rio Claro, aquel pequeño poblado de dos mil habitantes que supo tener los mejores panaderos del Estado Lara. Se sentaba solo en la taberna y pedía empanadas de carne mechada con caraota. Y allí se quedaba, con su mirada de niño y sus manos de viejo.

Cuando regresaba al Tigre, tras cuatro horas de viaje, se detenía en el recodo de algún arroyo y entonces improvisaba unos versos. En la soledad, Agapito renacía. Y con él, renacían las canciones del cerro. Sin saberlo, supo descifrar los colores de Venezuela.

Un día Agapito tuvo que escapar, perdiéndose para siempre. La policía, el gobierno y las autoridades lo buscan. Dicen que en sus canciones el protagonista es, nada más y nada menos, que Agapito Colmenares.

Nadie les creyó

En la provincia de Misiones el consumo de hongos alucinógenos es bastante habitual. Muchos esperan los días lluviosos para arrancar esas setas que crecen en el estiércol del cebú. Hay quienes lo disfrutan acompañados o en la soledad del campo. Y, evidentemente, nunca faltan los casos de alguna persona que acaba con serios trastornos mentales debido a la ingesta desmedida de hongos u otras sustancias.

En Posadas, había un hombre al que apodaban *Al Pacino* –por su notable parecido al actor hollywoodense– y que fantaseaba con ser el único heredero de una mansión en la zona adinerada de la ciudad, con ese estilo arquitectónico de los antiguos castillos medievales. Según él, vivía allí por décadas. Aseguraba que esa mansión escondía un tesoro y que, además, tenía una enorme biblioteca con libros originales del siglo XIX.

Con gabán y atuendos oscuros, siempre se lo veía afuera, hablando solo o recitando poemas de Víctor Hugo. Al parecer, su obsesión era encontrar ese tesoro, pero, claro, como su antojo eran también los hongos, nadie le creyó.

También hubo un joven, en Puerto Piray, que acostumbraba a caminar por las vías del ferrocarril silbando melo-

días de chamamé en las tardes húmedas del pueblo, cuando el color de la tierra se torna rojizo. Siempre comentaba que en las afueras de Piray se escondía un virtuoso acordeonista que, a cambio de hongos, entregaba alimentos y leche a los hijos de los hijos, por los siglos de los siglos. Nadie le creyó.

En Iguazú, una vez hubo una mujer de avanzada edad que insistía en las ofrendas que había que entregar a las cascadas del río. Decía que, cuando el río esté agradecido, los pobres de este mundo serían los más dichosos y felices del mundo. Nadie le creyó.

Pocho, el pescador

Todos los noviembre los pescadores de Cumaná se preparan para las langostas. Es una vieja costumbre de las familias esperar a los pescadores a orillas del mar con enormes ollas y sacos de limón para cocinar los mejillones, mientras los comerciantes del mercado central se acercan a comprarles langostinos que, claro, deja muy buena paga.

Ahí, mirando el compasivo mar, los pescadores se recuestan en sus chinchorros esperando la cena, cuando cae la tarde. Aunque algo de dinero lo destinan a unas cuantas botellas de Anís, al día siguiente navegan mar adentro en busca del codiciado crustáceo.

Pocho, que tiene un pequeño rancho de bloques en el pueblo, además de recoger langostas, fue en un tiempo el mejor buceador de Cumaná. Ya no lo frecuenta porque los años y el exceso de alcohol le dificultan sumergirse hasta el fondo del océano, pero, insiste la gente de allí, Pocho fue el más grande rastreador de mejillones y moluscos de toda la costa. Con tan sólo unas *patas de rana* y un cuchillo, el hombre era único en el arte de la pesca.

Un día, Pocho decidió dejarles la casita a sus hijos y su mujer. De tanto estar en la playa, tomó la decisión de

vivir bajo el techo estrellado de Cumaná, con su chinchorro, sus dos perros y unas cacerolas para cocinar: *Mi familia sabe que estoy siempre acá, trabajando o descansando*, aclaraba, sugiriendo que nada cambiaba con su partida a esa morada de arena y frondas de palmera. *Acá estoy feliz, acá pertenezco.*

Cuando la pesca de arrastre llegó a Cumaná, las colosales redes de buques chinos y norteamericanos aniquilaron todo, a su paso. Los noviembreros de langostas se acabaron, como se acabaron los mejillones, los mariscos, el jurel, el dorado, el salmón y la cachama. Pero Pocho, el pescador, se quedó allí.

Doña Mercedes

Doña Mercedes vive en un barrio de Colombia, en ese pueblo cafetero de viento y pregoneros ambulantes. Las casas están soldadas entre sí como si fuesen del mismo acero. Sus veredas, angostas, estrechan el caminar de doña Mercedes, que siempre suele pasar por allí llevando prendas y tejidos a los vecinos.

Cuando murió su marido comenzó a sostener el hogar trabajando de costurera. Todos en el barrio acuden a ella para remendar ropa, cortinas o sombreros de totora. Sus hijos crecieron y se fueron a trabajar lejos, a Medellín y Bogotá. Igual, doña Mercedes era feliz. Si sus hijos estaban bien, ella se sentía feliz. La ley de la vida.

Pero cuando una madre pierde un hijo, ya no hay ley, ya no hay vida.

Aquel hijo suyo desapareció en agosto del 2007. La última vez que lo vieron fue en Soacha, cerca de Bogotá. Y nadie supo de él hasta un año después, cuando fue hallado en una fosa común con 19 cuerpos más. Son los llamados *falsos positivos* de las fuerzas paramilitares: jóvenes comunes, trabajadores, que los visten como guerrilleros para asesinarlos y enterrarlos en alguna pradera lejana.

Doña Mercedes sabe que algún día su hijo vendrá a buscarla, a su pueblo de café. Pero también sabe que no se irá, todavía, hasta llevarse las cosas buenas que tiene esta vida, para contárselas como lo hacía cuando niño, con finales felices; y así no narrarle las malas noticias que existen en la tierra que él camino hasta sus 25 años.

Juan, el Albañil

En los llanos de Falcón que rodean la costa venezolana vive Juan, el albañil. También conocido como el “Oso”, aprendió desde pequeño el oficio. Quizás porque no tuvo opción o porque lo adoptó como su único arte de vida, el más admirable.

Sin maquinaria, sin electricidad, sin transporte, sin ayudantes. Solo con sus herramientas y una imaginación que resuelve los enigmas de la albañilería. Siempre sólo, así es el *Oso*.

Quien conozca al viejo Juan no sabe si pertenece a este siglo o anteriores. Lleva unos habanos que masca la mayor parte del día, obstruyendo su hablar hasta arrojar el negro del tabaco en épicos escupitajos. Aquella privación del habla para no ingerir el veneno de la nicotina, le obligan a veces a comunicarse por medio de gestos, sonidos y murmulos difíciles de apreciar hasta que el tiempo adiestran el sentido de quien escucha y observa con atención.

Jamás menciona sus experiencias, porque, dice: *lo que hace un hombre puede hacerlo otro*.

Anda siempre en una bicicleta que el salitre ha envejecido, pero que lo traslada al pueblo del Tocuyo para visitar

a sus nietos e hijas. Conoce muy bien el campo y los mares del Caribe, leyendas de duendes, de silbones y de barcas.

El hombre cargó unos cuantos años con la rebeldía del alcohol. Y si bien en algún momento decidió dejar aquel desenfreno por la “caña,” es mejor no encontrarlo durante el mes de diciembre, o para su cumpleaños, en abril. Muchos han visto a Juan dando tumbos por ahí. Pero también han visto como atiende a los señoritos y señoritas de ciudad cuando requieren sus servicios.

Una tarde pasó por el malecón, cuando la calurosa siesta apura la marcha de los caminantes. Iba asombrosamente borracho, con un amigo que le hacía de guardián por si se le ocurría desfondar la escopeta que siempre lleva cuando bebe ron cubano. Es que a Juan, el albañil, es mejor acompañarlo para evitar algún hecho desafortunado. Él lo sabe, por eso, cuando la noche llega a su fin y regresa a casa, suele agradecer con un abrazo a quien lo acompaña, descargando la escopeta y cargando su mochila con herramientas de trabajo.

Un día, Juan no acudió más a las obras. Simplemente no despertó jamás. Desde que las compañías extranjeras les negaron a los trabajadores del Tocuyo conservar sus empleos, el mar dejó de ser inmenso, el vuelo de turpiales cesó y los albañiles dejaron de ser albañiles.

El barco del Amazonas

El viaje dura cinco días, desde Porto Belo hasta Manaos. Sólo dos rutas conectan ambas ciudades: por aire, en avión; o por el río Amazonas, en barco. Claramente, la mayoría de brasileros viaja en barco: trabajadores y comerciantes que exploran los pequeños mercados de venta callejera o empleos temporarios. Además, el cruce por el Amazonas es inigualable en rigor y belleza. Los cinco días de cabotaje se convierten en un viaje prodigioso. La selva, allí, navega junto al río; se ofrece, virgen, al emigrante aventurado.

El paisaje del Amazonas despierta un asombro especial por sus encantos silvestres y las extrañas canoas indígenas que suelen acercarse para vender pescado seco o cambures de la selva. En ocasiones, hay zonas que tienen el sello del peligro y cuando no se puede advertir los cambios de las corrientes que conspiran en el ancho río, el capitán determina arrojar el ancla y esperar antes de seguir la marcha: pueden pasar horas, o días, tal vez.

En la plataforma del navío duermen los pasajeros en sus chinchorros, sacudiendo al vecino de al lado cuando cada quien procura componer su cuerpo dormitado, mientras que el capitán y sus ayudantes tienen un cobertizo en

la parte superior. Viajan allí alrededor de sesenta personas. El baño es compartido y el comedor sólo admite a diez personas, por lo que los tripulantes deben hacer fila y esperar su turno.

A las 6 de la mañana el silbato anuncia el desayuno; pan casero y caldo de pollo. De postre, marihuana con el Capitán.

El canto de cuna

En la ciudad de Manaus, las habitaciones del albergue tienen un color blanco, desarreglado. El espacio es extenso, para que obreros o camelôs puedan hospedarse con sus familias. La cocina también es amplia: es una tradición en el albergue que todos compartan el pan, en la misma mesa.

La hija de la casera, Simone, es quien organiza la limpieza; una bella jovencita de voz tan dulce que a cualquiera podría hechizar. Todas las noches se escuchan las canciones de cuna que Simone regala a su pequeño niño, en aquella habitación al final del pasillo. Su voz tiene la magia de la bossa-nova, el aire fresco de melodías que adormece los quebrantos de los inquilinos.

Incansable, también cuida por las mañanas a los hijos de residentes a cambio de algunos arreglos de pintura o albañilería ligera en el albergue. Suele llevar a los niños a la plaza del barrio, fabricar juguetes con cartón o contarles historias que disfrutaba escuchar de su abuela, siendo una niña. Pero cuando canta bossa-nova, todos acaban serenos, hasta rendirse en un sueño profundo.

Simone jamás cantó en público; nunca subió a un escenario; nadie en el mundo del espectáculo sabe de ella. Su canto es un regalo que los necios no merecen.

La Pensión de Laura

En el norte de Argentina, la ciudad de Tucumán contrasta con aquella pensión conventillera, junto al almacén de aguardiente y hojas de coca de la cuadra. La puerta tiene grietas, está desteñida, corroída por el óxido del tiempo. Por allí se cuele el submundo andariego: gitanos, prostitutas, viajeros, vendedores ambulantes; llegan de madrugada y se marchan en madrugada.

La matrona de la pensión, Laura, siempre viste prendas sueltas para ocultar sus caderas y así no despertar el deseo de algunos hombres que merodean el conventillo. Aunque, sin dudas, el carácter de Laura no deja margen a ninguna escena pasional. Menos aún si se trata de la renta: todos deben cumplir con la matrona.

Laura tenía una paciencia noble al momento de cobrar la renta; y si algún inquilino se atrasaba por motivos que sólo la calle determina, era comprensible para ella. Pero en este caso, había un joven muchacho al que le iba muy bien. Era uno de los pocos residentes cuyo dinero no era un problema, al parecer. A diferencia de los gitanos ambulantes o artistas callejeros, este muchacho se dedicaba al juego de azar en bares y casinos, yendo de ciudad en ciudad

de manera itinerante. Como buen apostador, conocía muy bien las mañas de los escoleros y los engaños que siempre lo daban ganador.

Una noche, un grito quejoso despertó al conventillo. El joven adeudaba varias rentas y, al negarse a pagar, fue castigado por la matrona a punta de cinturonas. Con tanto dinero, nadie entendía que no pagase la modesta renta.

Los días pasaron; y las noches pasaron, extrañamente silenciosas. Hasta que un buen día el joven muchacho y la matrona decidieron encontrarse en una banqueta de la vieja plaza de San Miguel; posiblemente para conversar pacíficamente o, tal vez, concluir sus camorras en un duelo accidental.

Ahora, el conventillo es una posada decente que recibe a sigilosos apostadores a cambio de algunas contraprestaciones o favores especiales. Mientras tanto, Laura y el jovencito suelen caminar de la mano por el largo pasillo del conventillo, sin que nadie los descubra.

Callejón

En ese callejón de Medellín nada está por casualidad. Ni siquiera los perros o las viejas en las ventanas o los niños apostados en las escalinatas de los cerros. Ni siquiera la decoración vegetal de legumbres evaporadas por el humo de las motocicletas está allí por accidente. Todo está en unión fastuosa. Un cuerpo orgánico, estudiado, pactado por todas las partes que componen aquel solemne suburbio. Ese callejón parece un cuadro de Botero.

Lo que podría aterrorizar a cualquiera, al contrario, concede seguridad a todo aquel foráneo que recurre al callejón, a cualquier día u horario, buscando los ingredientes secretos del festín.

En aquel callejón todo se preserva. Todo allí se cuida confidentemente; pero luego, afuera, se abandona, entregada al azar que el mismísimo Diablo aguarda tempestivamente.

El hombre que sale los viernes de madrugada

El hombre llegó a su casa. Fue un viernes, tarde noche de ese viernes. Por esas cosas de la vida, decidió no desplomarse en la cama después de una larga semana y visitar la esquina del barrio. Invitó unas *birras* y un vino de *yapa* en el Kiosco que nunca cierra por la noche. Y allí se quedó; allí se quedaron. Cuatro horas, cuatro razas, cuatro historias, cuatro lunas esa noche. Nunca se movieron de allí.

El centro o la vida, la noche o el tiempo; todo, estaba en esa esquina. Sólo cuando la tormenta de tragos los sacudió, salieron en busca de la huella del barrio que se pierde en el anochecer de Guaymallén, a orillas del Bajo Lihué. Y ahí estaba el bar, oscuro, turbulento, peligroso. El altiplano se revela allí mediante los ritmos de sayas y morenadas. En la barra se apostan los insubordinados collas festejando sus cacerías y en la pista de baile las mujeres danzan solas.

De regreso a casa, sopa de maní para que el cuerpo resista la jornada. Sólo resta encofrar las columnas: la futura habitación de su hija es lo único importante para aquel hombre que los viernes sale de madrugada.

La gloria

El barrio *La Gloria* es uno de los más populosos de Mendoza. De origen obrero a mediados de siglo XX, los años inclementes de la década del '90 convirtieron aquel barrio en uno de los núcleos urbanos más peligrosos. La TV y los diarios, con la saña acostumbrada hacia los pobres, se encargaron de manchar su honra, lastimosamente.

Lo cierto es que, por esos años, se dieron en *La Gloria* las primeras contiendas entre grupos de bandoleros por el control territorial. Más de una década perduró el conflicto entre bandas, aunque sólo dos de ellas aventajaban claramente al resto, dada la devoción que cultivaban sus líderes.

En ocasiones, cuando las internas del negocio no podían resolverse, el combate frontal era inevitable, dando lugar a retos odiosos que las trincheras de autos viejos apenas mitigaban, en alguna cuadra del barrio que ambos bandos pactaban previamente como lugar de beligerancia. Los líderes comunicaban a los vecinos que, ese día, nadie saliera de casa o, de lo contrario, que se sumaran a la “guerra” sin ambigüedades.

En uno de esos enfrentamientos se hizo presente la Policía Federal. Las balas recrudecieron el pleito del barrio.

Fue entonces cuando los dos líderes desafiaron cuerpo a cuerpo a las fuerzas policiales, después de tres horas continuas de balaceras. Aún hoy se recuerda tal episodio en *La Gloria*. Es que los dos caudillos de la fechoría barrial habían hermanado a sus pandillas en ese momento crucial.

Un tiempo de paz reinó en el barrio, aunque después de algunos años los delatores y la chequera del gobierno saborearon el asesinato artero de los dos delincuentes más importantes de Mendoza.

Aún hoy se recuerda a aquellos malhechores, pues, dicen en el barrio que por más de 8 años evitaron los abusos de la policía y el narconegocio que tomaba como rehén a los niños para trasladar drogas de un barrio a otro.

Salsa brava

En el poblado barrio *23 de Enero*, la gente debe bajar por las escaleras de los cerros para tomar el autobús o subte con destino a la ciudad. Son escaleras largas y empinadas. Más de 100 metros concilian el viejo cemento con los yuyos del monte y, al final del camino, la plazoleta *Carlos Gardel* luce espléndida.

Los murales y candiles de colores que los vecinos han cuidado por años la hacen aún más esbelta. Es la plazoleta más hermosa de Caracas, un santuario alegre que atrae a músicos y salseros, luego de que el sol escapa de espaldas a los viejos edificios del *23 de Enero*.

Lleva el nombre del ídolo del tango porque fue allí donde Carlos Gardel brindó un espectáculo días antes de viajar a Colombia, donde falleció en un accidente aéreo un 24 de junio del año 1935. Desde entonces, nunca faltan músicos populares que llevan sus instrumentos e improvisan los sonidos de la *salsa brava* que se recreó en los barrios de Caracas.

En una de aquellas improvisaciones nació un grupo de salsa, y después otro, y otro. Esa plazoleta fue la cuna de la *salsa brava* de Venezuela en los años '60. Los músicos

se reunían e intercambiaban relatos con los vecinos del barrio, mientras circulaba cocuy, ron o algunos sobrecitos diminutos que guardaban en el bolsillo para no llamar la atención. Los sonidos de trombones y timbales animaban las danzas eróticas de algunas parejas, que por momentos simulaban flotar entre los pasos aligerados de los bailarines.

También allí, en esa plazoleta, surgieron ajedrecistas de primer nivel; al igual que grandiosos cuentacuentos, actores, actrices y hasta algún poeta anónimo que trajo la historia de los llanos, cuando los campesinos fueron expulsados de sus tierras por las juntas militares en los años '50.

De hecho, en esa plazoleta nació la primer revuelta del año '89, en los días rabiosos del "Caracazo"; y casi dos décadas después, un 13 de abril del año 2002, desde allí salió la multitud empobrecida en busca de su líder. Esa plazoleta del 23 de Enero tiene la magia brava de los pueblos.

Felipe, el cuentacuentos

En las plazas de toda Colombia suelen haber espectáculos de “cuentacuentos”. Es una vieja tradición que ese país aún conserva. En pequeños pueblos o grandes ciudades, asiste gente de todas las edades para escuchar a sus narradores populares que, sin duda, son los mejores del mundo.

A Felipe, cuentacuentos de la ciudad de Cúcuta, le gustaba aparecer en escena con sombrero Paisa, alpargatas de arpillera y un cigarro apagado entre los labios. Caminaba lentamente hacia la banqueta de la tarima y, antes de sentarse, dejaba caer un rostro extraño frente al público. Entonces, sin siquiera decir una palabra, lanzaba un grito de dolor: fingía que alguien le había arrojado un zapato y, frotándose la cabeza, escapaba corriendo. La gente reía, entonces él volvía a escena y, simulando enojo, decía: *hijueputa...ahora van a ver...*

Felipe tenía la virtud de interactuar con el público de una manera particular. En sus presentaciones eran frecuentes las interrupciones, pues él las provocaba con ingeniosas técnicas que hasta las personas más modestas, a veces, se valían de decir algo. En ocasiones, incluía monólogos poco convencionales, transformando los cuentos en mágicas funciones de teatro con algún participante del público.

Sí, ciertamente era verborrágico Felipe, pero sabía mantener la concentración del público y gozaba de cierto carisma. Dominaba los tonos y matices de voz según la circunstancia del relato, gesticulando con el rostro cada palabra o comunicándose mediante la mirada. En el momento justo conquistaba la risa del público e, inclusive, podía arrancar alguna lágrima si en la historia sucedía un giro inesperado.

En sus cuentos se tejían las tradiciones orales de Colombia con fábulas creadas por él. Además, como conocía muy bien la historia del vallenato y la cumbia colombiana, arriesgaba versiones musicales que sólo los colombianos pueden entender.

En una de sus presentaciones, repartió al público el guion de sus cuentos, con más de cien copias guardadas prolijamente en sobres de papel. Dejó previsto los espacios de improvisación en blanco, algunas anotaciones para orientar al lector y finales abiertos e indefinidos de sus relatos.

A cambio de una botella de ron, cedió todos sus cuentos, autorizando a cualquiera de los presentes para hacer uso de ellos. Dicen que ahora sus cuentos recorren el país.

Aunque nadie sepa de Felipe, muchos cuentacuentos de Colombia aparecen en escena con sombrero Paisa, alpargatas de arpillera y un cigarro apagado entre los labios.

La Ciudad

Él siempre está ahí, en esa esquina de San Telmo. Ya no puede ni siquiera vivir de *changas* porque el cuerpo y su mente no le aguantan. Se recuesta sobre la acera en alguna calle oscura de la ciudad, invisible para los miles de transeúntes que pasan a su lado.

Trasnochado, consumido y agotado, durante el día fuma crack o huele poxirán para escaparse de ese mundo que desde pequeño lo despreció. Pide limosnas, abre las puertas de taxis, lava las veredas oxidadas de cemento, junta cartones y botellas plásticas, busca, día y noche, la comida derrochada en los basureros de los nuevos edificios céntricos.

Él siempre está ahí, sólo, sin nadie ni nada. Su casa es un puente, su cama la peor banqueta de la plaza, su desayuno el poxirán; su vida, una maldición que Dios y el Diablo confabularon.

Él siempre está ahí. A la gente no le interesa que este ahí.

Sin techo en Jujuy

La ciudad jujeña los espera bajo el sol. Es un sol tenue, de invierno. De esos inviernos ventosos que bajan desde los Calchaquies.

La pensión está cerca de la terminal de ómnibus, en las periferias condenadas. Allí los albergues prometen hospedaje a collas y trabajadores golondrinas a precios comprensibles; pensiones improvisadas en viviendas o edificios maltratados por la historia.

El albergue es frío... el aguardiente es caliente, pensaba el colla Kunumi, esa noche de invierno.

Una mañana, Kunumi salió a vender panecitos dulces por las calles céntricas. Él había amasado desde las 4 de la mañana esos panecitos y, salidos del horno de barro que tenía la pensión, ya estaban calentitos, a las 7 de la mañana.

Los agentes policiales, al verlo en la calle, le exigieron una autorización para circular con su carro o, de lo contrario, que entregara a modo de pago la mitad de sus panecitos. Como Kunumi vivía con lo justo, y como además necesitaba pagar la renta de la pensión para que su mujer y sus niños no acabaran en la calle, se negó con dignidad a entregar la producción de su trabajo. Procuró explicarles,

pacientemente, el daño que le ocasionarían si ese día no llevaba el dinero de la pensión. Pero no hubo manera. El colla Kunumi pasó esa noche en la comisaría de la ciudad, sin cobija, sin sus panecitos, sin su familia.

El calabozo es frío... la sangre es caliente, se dijo entonces Kunumi, cuando, tras dos días de encierro, la celda por fin abrió, apuñalando al verdugo.

La Nación blanca

En Santa Cruz de la Sierra, los pobladores de piel blanca alzan las banderas de la *Nación blanca*, la *Nación Camba*. Dicen ellos, con los ojos encendidos de furia, que la *Nación india*, la *Nación Colla* es una degeneración de la naturaleza y, que ante semejante torpeza originaria, veneran la misión que su dios blanco ha ordenado finalizar hace siglos.

Los barrios y suburbios que abrazan al centro de la ciudad con sus anillos marginales, tienen el rastro del indio. Por allí van y vienen los collas e indígenas que trabajan en la gran ciudad. No los quieren allí. Con su bandera cambia les señalan su lugar en el mundo.

Pero eso no les basta. De madrugada, salen de cacería en patrullas de vehículos importados, exhibiendo emblemas con insignias nazis o la imagen del presidente blanco, Sánchez de Lozada: el presidente boliviano que hablaba inglés en los congresos internacionales y, también, en la TV Boliviana.

Los *cambas* llevan armas, machetes o puñales de acero para perseguir indios en las expediciones por Santa Cruz de la Sierra. Estas ligas fanáticas se reúnen frecuentemente

para intercambiar armamento, drogas o dólares provenientes de Estados Unidos. Tienen un manual de guerra contra indios collas y, por si fuera poco, construyen celdas ocultas en los helechos del oriente donde aprenden las ferocidades de la tortura.

Desde entonces, no hay indio que no lleve una navaja o algún arma punzante para defenderse. La sangre corre también, ahora, sobre territorio cambia; aunque nadie sabe a ciencia cierta si *cambas* o *collas* reconocen sus diferencias.

El loco

*El loco Juan Carabina, pasa las noches andando,
cuando la luna ilumina las noches de San Fernando.
Cuando la noche está oscura, callado el loco se va;
va a perderse en la llanura, nadie sabe a dónde irá.*

*Cuando el gallo de la Una, se oye a lo lejos cantar,
el loco viendo la luna, le dan ganas de llorar.
Esperando se la pasa, que como una novia fiel
venga la luna a la plaza para conversar con él.*

*La gente del alto llano, más de una noche lunar,
con la luna de la mano han visto al loco pasar.
El loco Juan Carabina, sueña por la madrugada,
que en cama de niebla fina tiene a la luna de almohada*

*El loco Juan Carabina, pasa las noches llorando,
si la luna no ilumina las noches de San Fernando.*

(Letra del escritor Aquiles Nasoa, entregada
a Simón Díaz, para hacerla canción).

La esquina

Los días viernes llega al barrio el codiciado mejunje. Se termina el otoño y la noche insta a engullir otros efectos además del gélido frío del desierto. Los locos de la cuadra se organizan con rapidez: ginebra y cigarrillos del Kiosco. Lobos de grandes pupilas y mandíbulas salvajes. Y cuando llega el mujerío de otras comarcas, ya todos saben correrá sangre en la esquina.

A esa esquina la han bautizado *la esquina de los locos*.

Persecución

En pleno amanecer, con la noche en la espalda y en los parpados, José subió al auto que conducía un vecino. Pasó inesperadamente frente a él, pues todavía hacía de caballeriza en la esquina del barrio Gomensoro.

En el auto venían unas chicas y un tipo que balanceaba su cabeza sobre la ventanilla. Ya en marcha, la velocidad provocaba que los envases vacíos, algunos envoltorios extraños y las piernas ebrias de las chicas navegaran sobre el espacio en una lentitud armoniosa que engañaba al tiempo. Atrás, el móvil policial los seguía de cerca, cuando por fin una maniobra logró despistarlo.

Al llegar al sitio indicado, caminaron de prisa a una casa que los aguardaba con las puertas abiertas. Entonces, se escucharon las cervezas abrirse, en esa casa de maderos viejos y chapas desteñidas, mientras el auto desaparecía sigilosamente de aquella calle sin luminarias ni veredas: se celebraba así el trabajo concluido.

El ejército

Un ejército, en la calle. Un ejército que nadie alcanza a ver porque no lleva uniforme ni bandera ni pronunciamiento. Son miles, millones. Están ocultos y, a su vez, visibles, inconfundibles.

Todos ellos forman un ejército listo para cualquier combate. Ya conocen el *arte de la guerra* porque sus vidas fueron alcanzadas por mil batallas. Están en todas partes, ocupan las calles y plazas, son ambulantes, trabajan de día y trabajan de noche. Proviene de todos los barrios pobres. Conocen las mañas de las ciudades: gitanos del negocio, trovadores de la urbe, pregoneros de los campos, vagabundos, buhoneros, golondrinas, peones, marginales, prostitutas, malandros, locos.

Son un ejército. Aún no lo saben. Los gobiernos tampoco.

El Calesita

Todos los años, entre septiembre y octubre, llegaban al pueblo las caravanas de circos y payasos, parques de diversiones y calesitas para encantar a los niños, y no tan niños. Todo el pueblo de San Carlos, en aquel rincón del valle de Mendoza, acudía por las noches a presenciar esos espectáculos de luces y carcajadas.

En uno de esos circos llegó “El Calesita”, quien se quedó en el pueblo para siempre. Es que, tiempo después, cuando los años de televisión y tecnología doméstica se hicieron una costumbre nacional y los circos fueron desapareciendo, fue el único vagabundo solitario que recorría las calles del pueblo con sus seis perros, bebiendo vino y exigiendo limosna cuando faltaba.

Hombre robusto, de mirada triste, barba enmarañada y trajes sucios; el “Calesa”, como le decían quienes lo conocieron, se procuró un hogar en la vieja estación de trenes de La Consulta. Y ya nadie pudo sacarlo de ahí. Los intendentes que pasaron, la policía y las familias pudientes afectadas por su presencia en algún restaurante, tampoco lo consiguieron. Hasta probaron seducirlo con una vida normal: hogar, trabajo y ropa decente. Pero el “Calesa” eligió

esa vida. Y cada vez que alguien le preguntaba por qué no quería aceptar una vida como todos, lo único que hacía era reírseles en la cara.

Cuando murió, todo el pueblo le rindió homenaje y en larga caravana lo acompañaron por última vez.

El profe

Quien haya recorrido la peatonal *Sabana Grande*, en Caracas, seguramente habrá notado la presencia vetusta de un mendigo; un hombre de unos 60 años que camina con cierta dificultad por aquel paseo comercial.

Alto, flaco, con la ropa deteriorada, se lo ve allí en horas de la tarde, suscitando la curiosidad de algunos caminantes, comerciantes o vendedores ambulantes cada vez que se les acerca, mansamente, para contar alguna historia, con esa voz grave que lo distingue.

Humorista perspicaz y contador de anécdotas, tal vez se diga, en un tiempo, que fue el mejor narrador oral de las calles venezolanas. No se conoce con certeza su historia de vida, aunque algunos aseguran que fue un prestigioso profesor universitario. Otros, afirman que fue un reconocido ingeniero y matemático, décadas atrás. Hay quienes señalan que es un célebre historiador de Venezuela.

El Profe, como lo llaman en *Sabana Grande*, no pide limosnas ni ayuda de nadie. Elige no azuzar la caridad de la gente y, en cambio, remueve los basurales por la madrugada, cuando todos duermen. Tal vez, caminar por la larga peatonal sea sólo un pasatiempo, como el de muchos

transeúntes; o, simplemente, lo hace para calmar sus pensamientos más secretos y perderse en la multitud, como tantos otros.

La gente no entiende porqué ese hombre terminó mendigando las calles céntricas de Caracas. Nadie jamás se ha atrevido a preguntarle por qué acabó así. Su mirada lo dice todo, o nada.

El Mario

El epitafio sobre mi lápida debería decir: Aquí yace Mario Franco. Vivió en joda, murió en serio, repetía, anticipando su muerte, tal vez.

Y así fue. El maestro de la sociología, Mario Franco, se arrojó del quinto piso de su departamento en Mendoza, un 18 de noviembre, en 2005. Tenía 60 años.

Su legado podría sintetizarse en otra de sus célebres frases:

Cuando me muera, no se les ocurra ponerle mi nombre a ninguna aula de la Facultad, a lo sumo háganlo en la puerta del baño de caballeros.

Y así fue. Uno de los pensadores más profundos e irónicos de la Argentina, hoy permanece en los sucedáneos de pasillos, bares o tertulias nocturnas, mientras la academia lo ignora.

El Mario cumplió con su palabra, los intelectuales también.

La quitamaridos

En Esmeraldas, esa ciudad costera plantada en el pecho de Ecuador, andan los vendedores de cacao, tabaco y café. Y en las playas de Esmeraldas, andan de rumba los negros y negras cuando suenan los *jembe* y *shekere* de calabaza. También, anda por la ciudad, Magdalena, la mujer afrodescendiente más hermosa de Esmeraldas, caminando alegremente. Es tan hermosa que hasta los niños, cuando la ven, preguntan si su existencia es real o es una ilusión, una fantasía infantil.

Lo cierto es que todo Esmeraldas sabe de ella. Y más aún las mujeres, pues de tantos celos y envidia que ha provocado su belleza, muchas parejas han terminado sus matrimonios o se han visto enredadas en discusiones desafortunadas, ante las sospechas de engaño y rumores de infidelidad que suelen comentarse en la ciudad.

Por agravio, rencor o chacota, a esta hermosa mujer le han dado el apodo de *quitamaridos*. Pero Magdalena ríe. Es que, en realidad, nadie en la ciudad se ha acostado con ella, pero cuando las parejas se desnudan en su lecho, algunos cometen la impericia de pronunciar su nombre justo cuando el libido sexual no puede fingir el deseo por Magdalena.

Gitanas

Con vestidos largos, colores intensos y bellos pañuelos que cubren sus cabelleras, andan las gitanas por aquel mercado, en aquella avenida. Se las ve allí caminando o plantadas de pie rígidamente en la esquina, avizorando la multitud. Tienen algo en sus miradas, directas, persuasivas; o tal vez sean esos ojos claros, agigantados, que emiten una severidad desafiante cuando fruñen el ceño.

A las gitanas más veteranas, la piel curtida en el rostro las evidencia con marcas exageradas de arrugas que fueron ganando con los años, mientras fuman un cigarro tras otro, durante horas. Se las ve solas o distantes unas de otras, observando cuidadosamente a sus nietos cuando salen de casa para enseñarles los trucos de la calle. El ritual gitano de la supervivencia es una costumbre que no debe perderse, según sus tradiciones ancestrales.

Aunque con el paso del tiempo muchos clanes gitanos han abandonado el nomadismo, adquiriendo incluso propiedades costosas en las grandes ciudades de Argentina y otros países, aún conservan su idioma, sus bailes y sus tendales de lienzo en descampados comunales. Por eso, es imprescindible que los niños sean instruidos.

Es así que las gitanas deben encargarse de la educación de sus hijos y nietos, además de procurar el delicado amor que sus familias preservan, casi herméticamente. Pero a la hora de la verdad se debe aprender a sobrevivir.

Una tarde de viernes, cuando finalizaba la jornada y la gente se apresura a tomar el autobús en las afueras de la terminal de Retiro, dos niños gitanos entregaban pequeñas muñecas rudimentarias, fabricadas con alambre y cobre.

—*Quiere una, señora: mire que bonitas las muñecas,* dijo la niña a una mujer.

—*Las hacemos nosotros; cuestan 50 pesos,* le siguió el niño.

—*No, gracias. No tengo dinero,* respondió la víctima, entre una mezcla de apatía y ternura.

—*Bueno, quédeselo; se lo regalamos. O, si quiere, me lo cambia por esos caramelos,* insistió el niño, señalando inteligentemente el paquete que sobresalía del bolsillo de la señora.

—*Pero señora, mejor nos da 50 pesos, y no esos caramelos, que seguro son más caros,* interrumpió la niña.

Al terminar, la más anciana de las gitanas les dijo:

—*Muy bien niños, muy bien; ahora vamos a ofrecer las muñecas por 200 pesos.*

“Tuviste suerte, pelao”

Andrés, un músico ambulante que recorre calles y plazas, tuvo la mala fortuna de ser asaltado cuando caminaba con sus instrumentos para resguardarse de la copiosa lluvia que caía esa noche en la ciudad de Quito. Le dieron dos puñaladas en la espalda, perforando el pulmón.

Con mucho esfuerzo consiguió llegar a la entrada de un hotel, pidiendo ayuda. Le cerraron las puertas. Ya en el suelo, arrastrándose indolentemente, logró dar con unos conductores que pasaban por allí. Nadie lo quiso subir a sus autos.

Despertó días después, en el hospital.

—*Tuviste suerte, “pelao”; unos mendigos te vieron tirado*, le dijo el enfermero.

La remediera

En las montañas de Malargüe vivió la remediera del campo. Era una mujer vestida de gaucho que llegaba sola en su caballo a los puestos. De sangre pehuenche, curaba con infusión de yuyos y se quedaba días en los puestos para esperar la recuperación del enfermo.

En las “veranadas” de diciembre, los puesteros arrear sus ganados a la cordillera en viajes que duran hasta 10 días; y cuando llegan las “invernadas”, en abril, ellos regresan con el frío. Más de uno enferma, y ahí no hay médicos ni hospitales. Las remedieras son sus médicos por naturaleza.

Con el tiempo, a la mujer pehuenche la fueron venerando. Dicen que su hija siguió sus pasos, pero nadie sabe de ella. Ahora, la gente venera las farmacias de turno, las medicinas sintéticas y los remedios fabricados en laboratorios secretos.

El Sosneado

En ese pueblo del Sosneado hubo una mina de azufre. Los años de saqueo le dieron muerte a esa mina que sacaba minerales de las entrañas de la tierra.

Años después una empresa extranjera levantó un hotel para turistas, que el terremoto en 1985 derribó en cuestión de minutos.

Dicen que en el Sosneado el viento sopla día y noche. Y que son tan fuertes sus ráfagas que se escucha la voz del Diablo condenando a los obreros.

Dicen, también, que el Diablo aparece los últimos días de febrero, vestido de gala, como un caballero, como un patrón.

En el Sosneado no hay lugar para Dios, ni para sus caprichos del progreso.

Si con Dios no se puede, mejor con el Diablo

Había una vez un viejo cazador que vivía de lo que cazaba entre las ramas. Su mano habilidosa untaba liga traidora a los pimpollos más altos, donde se asentaban tórtolas o donde lanzaba finas flechas a las alturas, al paso de las bandadas de patos laguneros. Con esos primores y la fineza de su vista y oído, cosechaba lo suficiente de los domingos del aire para mantener a su mujer y a su hijo. Una vez salió a los campos en busca de sus posibles y encontró desierto el cielo y las ramas. “¿Qué pasará?” se decía, caviloso “¿Quién habrá espantado a los que vuelan?”. Llegó a su rancho con sus manos vacías; pero consoló a su mujer y a su hijito con esperanzas de ver mejorada su suerte para el otro día.

... El hambre lo avanzaba y no acudía ningún remedio. “Si el Diablo se me presentara, con él haría trato”, se dejó decir en voz alta.

(Del libro *Las mil y una noches Argentinas*,
de Juan Dragui Lucero).

La Cantina de José

A la *Cantina de José* llegan músicos anónimos con sus guitarras criollas, violines, bombos legüeros y los cachetes inflados de hojas de coca. En la cantina no hay tarima ni formalismos escenográficos. Sólo la barra de madera separa el salón de las bondades de José, que siempre atiende la clientela sirviendo el mejor vino tinto de Salta, a buen precio.

Los músicos acuden a la cantina sin compromiso alguno; les gusta la magia del sitio, el vino Torrontés y la *farra*. Pero, sobre todo, lo visitan porque el lugar resguarda la leyenda del mejor cantor de zambas del norte argentino, que, dicen, se presentaba inesperadamente en la cantina, años atrás. Llegaba en caballo, pañuelo al cuello, bigote ancho y botas de cuero. Bebía varias botellas de vino y, entonces, fabricaba canciones.

La imagen que se ha inmortalizado de él, fue cuando apareció con un piano de cola. Lo había robado en la estancia del patrón Costas y, machete en mano, le dijo a José que lo asistiera con una silla para sentarse cómodo e improvisar melodías.

El hombre, al que llaman el *brujo de la zamba*, comenzó a frecuentar la cantina para encontrarse con ese piano que, al parecer, lo había maravillado. En esa cantina compuso primorosas zambas y chacareras. Hasta que una madrugada los matones de los Costas le dieron tres balas en el pecho. Desde entonces, no hay noche en la Cantina de José que no se preserve ese piano, entre cuchillos de doble filo o balas de dos caños, cada vez que algún extraño pregunta por las canciones del brujo.

Los Santos Bandidos

Cuando algún bandido es abatido por la policía, sus seguidores incondicionales los despiden con homenajes y ceremonias memorables. Los velorios, que se inician en el hogar natal del difunto, entre lágrimas, alcohol, cumbia, ofrendas a los santos y velas encendidas, pronto se convierten en una reunión de devotos que juran venganza.

Sobre el ataúd se arrojan flores, billetes, cigarros o licorres de caña. Pasan horas antes que el difunto sea cubierto por la tierra o se selle el nicho en aquel cementerio, para siempre. Solo las madres o hijos pueden llorar desconsoladamente, antes del último adiós. Sus leales amigos de atracos y de armas tienen el deber de permanecer firmes frente a él. Nadie allí guarda silencio. Todos claman a viva voz la dicha de haber acompañado en vida al que se va.

El ritual fúnebre de bandidos o ladrones de oficio tiene el dolor de la despedida, pero todos saben, también, que ese día nace otro Santo que los protegerá en asaltos y trifulcas. Por eso, al finalizar el velorio, muchos sacan sus armas y disparan hacia arriba, prometiendo vengar su muerte o alcanzar los sueños que aquel bandido alguna vez les contó, bebiendo aguardiente en el kiosco de la esquina.

Cuando corría el año 2012, la policía ahorcó en la celda de la comisaría al ladrón más buscado del Estado Aragua, en Venezuela. Era el ladrón más respetado en los barrios de Urdaneta y Tovar, porque en sus atracos nunca se manchó las manos con un crimen y, además, jamás robaba en entraderas de casas o comercios del barrio. Lo suyo eran los asaltos de camiones de tabaco y ron.

Al velorio acudieron cientos de personas. Lo despidieron con un sancocho de gallina, cerveza y la música de Héctor Lavoe. Sobre la ruta, frente al ingreso al barrio, tres grupos de motociclistas con pistolas en la cintura detenían el tránsito vehicular requiriendo el paradero de los tres policías asesinos o, posiblemente, buscando reconocer el rostro de algún delator.

A los días, la comisaría tuvo que trasladarse a otro distrito. Pero el Santo bandido se quedó, allí, allá y en todos lados.

La maldición del Pico Bolívar

A Carlos y David les gustaba contemplar el colosal *Pico Bolívar*, que por las mañanas siempre luce nevado y puede verse desde las ventanas abiertas de los monobloc, allá en Mérida. Pero a Carlos y David les entusiasmaba, sobre todo, cambiar el mundo.

Ambos eran estudiantes que vivían hacía algunos años en esas residencias universitarias y, con más práctica que teoría, se ganaron el liderazgo estudiantil de toda Venezuela.

Carlos y David, no se valían de bellos discursos ni del humo intelectual que, según ellos, *intoxica al pueblo*. Eran, esencialmente, dos jóvenes nacidos y criados en los suburbios de *La Guaira* que en ningún tiempo desertaron a sus orígenes. Además, sabían de camorras y cómo defender asentamientos o villeríos.

Una madrugada, Carlos y David confiscaron dos vehículos del Rectorado en un audaz operativo; pues, al parecer, allí había documentación que comprometía a las autoridades del gobierno de Mérida y de la Universidad en un turbio negocio inmobiliario.

La policía del Estado ingresó entonces a la residencia estudiantil con camiones antidisturbios, escuadrones arma-

dos y balas de plomo. Fueron dos días de recio combate en la explanada y pasillos de los monobloc, hasta que finalmente los estudiantes lograron expulsar a la policía a punta de piedrazos, vallas de tablones y alguna que otra munición que provenía de las ventanas del tercer piso.

La gloria de los estudiantes duró poco. Dos meses después, Carlos y David fueron asesinados por sicarios a la salida de la universidad. El *Pico Bolívar* ya no se ve desde aquellos monobloc de hormigón gastado y ventanas abiertas.

La que no sabe llorar

Tenía 17 años y se le pasaba en el bulevar de Manaos, vendiendo su cuerpo o vendiendo amor. Detrás de su piel morena y de sus grandes ojos pardos, escondía un sentimiento penoso. Tal vez, le inquietaba no saber del amor, habiendo amado; o, acaso, se le escapaba la vida, habiendo vivido.

Allí, en ese bulevar, bajo la sombra de los ceibos, exhibía sus piernas o presumía su cintura, inocentemente, recibiendo el billete que podría darle de comer a sus cinco hermanitos.

A veces, se sentaba en el cantero de flores y se olvidaba de todo. Y hasta podía conversar con los músicos callejeros quienes, por momentos, le sacaban una sonrisa.

Una vez, un cliente lastimó su cuerpo y ella no lloró; ni tampoco lloró cuando le dio 7 puñaladas a un respetable señor de la ciudad.

El loro borracho

En las últimas horas del atardecer retornan los loros barranqueros a su hogar natural, en las mesetas patagónicas de Buta Ranquil. Vuelan en grupos, aturdiendo los cielos con cantos ruidosos, persistentes.

Fue en una de las primaveras cuando un *loro pichón* cayó de un árbol de durazno, en el patio de la casa de Don Vigilio, luego de que ahuyentara a escopetazos la enorme bandada de loros que comían sus frutos con voracidad. El *loro pichón* llevaba apenas un mes de vuelo y, debido a su caída del árbol, no pudo retomar vuelo. Don Vigilio lo adoptó como una suerte de mascota sin nombre, aunque después de un tiempo lo llamó *loro borracho*.

Resulta que Don Vigilio, además de cantar milongas camperas, tomaba vino tinto sin cuidado. Y como a veces se quedaba solo en esas siestas de Ranquil, comenzó a darle un poco de vino a su lorito, mientras le enseñaba algunas palabras indecentes. Pero el loro solamente aprendió dos palabras que Don Vigilio siempre repetía: *quiero vino*.

Don Vigilio y el loro murieron juntos, una noche de invierno, después de tanto brindar, bajo el duraznero del patio.

Los muertos

Después de perfumarse y relamerse frente al espejo, los tres amigos salieron a agasajar la noche. Llegaron a la pulpería, en la ribera de aquel cerro. Se bajaron del auto luciendo prosperidad y encanto, exageradamente. Se sentaron en la mesa principal; conocieron unas chicas y hablaron, rieron y se besaron.

Horas después, de pie sobre aquella mágica colina de Valparaíso que simula flotar en el universo, las bellas mujeres los convencieron en cumplir el ancestral juramento araucano de derramar pisco en las tierras negras de los muertos, en el cementerio de Valparaíso.

Pronto, advirtieron que detrás de aquella colina se hallaba también el viejo mausoleo de mascotas, el cementerio de animales más grande de Sudamérica. Temerosos, los tres amigos pensaron en huir, pero las chicas se desnudaron e improvisaron algunos juegos sexuales.

Dicen en Valparaíso que aquellas personas no existen, que sólo es un mito, pero que hay alimañas y muertos que usurpan las vidas de cretinos, torpes y vanidosos.

La mujer con cartera

Desde hacía varios años que esta encantadora mujer engañaba con astucia a los clientes que requerían servicios sexuales a domicilio.

Se aparecía con su mejor atuendo y una cartera. Ingresaba al domicilio y, ya en la habitación, pedía que se le abonase su servicio y el costo del taxi, que pacientemente aguardaba afuera.

Amor, vos esperáme desnudito; te dejo mi carteta y el celular, mientras salgo a pagar el taxi, les decía a sus clientes que, sin sospecha alguna, paladeaban de gozo. La encantadora mujer salía y no regresaba, cuando finalmente, después de algunos minutos, los clientes descubrían que en el interior de la cartera habían bolsas con basura y que el teléfono celular era solo una carcasa de plástico usado.

En otras ocasiones, después de asegurar la confianza apropiada del cliente, la estafa era aún más sencilla:

Amor, mientras yo me acomodo date una ducha y, cuando termines, utiliza el perfume que guardo en la cartera.

También acostumbraba a dejar dormidos a los clientes con pastillas que introducía en sus bebidas. *Amor, traje estas*

ricas cervezas, insinuaba, señalando la bebida más sabrosa que traía oculta en su cartera.

Y así se ganaba la vida la mujer con cartera. Exuberante y próspera, podía viajar a otras ciudades, pagar las cenas más costosas en restaurantes lujosos o ahorrar más que suficiente. Siempre se salía con la suya esta encantadora mujer.

Una noche, conoció a un bello joven en uno de esos restaurantes que le gustaba frecuentar. No era un cliente que requería algún tipo de servicio, sino alguien que la había seducido y con quien le gustaba platicar. Tuvieron varias citas y ella, precipitadamente, dijo estar enamorada de aquel joven.

En una romántica cena que ambos combinaron, la mujer notó que no tenía su cartera y las llaves de su casa. La dama se quedó sin su dinero, sin sus muebles y sin sus carteras. Dicen que el bello joven era amigo de otras trabajadoras sexuales a domicilio y, que por agravio a la profesión, le tendieron la trampa que ella supo conseguir.

La resaca del guarapo

En la vieja Bogotá, el jugo extraído de la caña de azúcar durante la molienda de zafra convierte a esa bebida de guarapo en la mejor de las borracheras. Hasta el colombiano más penoso sale de parranda, con ese guarapito. Pero la resaca es insufrible, intolerable. Por eso, los que saben, indican que al otro día hay que seguir guarapeando, para no sufrir daños colaterales y que el organismo siga trabajando felizmente.

Tal es así, que una mañana de abril, Natalia y Pablo amanecieron con el guarapo, después de una larga noche. Tuvieron sexo y charlaron como nunca antes, en sus 8 años de relación, prometiéndose fidelidad.

En horas de la tarde salieron a disfrutar el verde del parque; y entre traguitos y traguitos, divisaron una pareja amándose tras una arboleda de Acacias, mientras intercambiaban miradas y sonrisas. Entonces la ronda de sexo continuó, entregándose unos a otros, hasta que la resaca del guarapo volvió el día gris; pero esta vez fue tan gris que los cuatro se quedaron dormidos bajo la lluvia, desnudos y con una sonrisa entre los labios.

La fiesta de disfraces

En una próspera vivienda de una próspera zona en Palermo, estudiantes de filosofía organizaron una fiesta de bienvenida a jóvenes provenientes de Francia que cursaban algunas materias en la “alta casa de estudios” porteña, como becarios de intercambio entre ambos países.

—*Ésta noche... fiesta de disfraces en mi 'house'*, dijo la señorita de Palermo.

La fiesta, entre tragos y música electrónica, lució su testimonio más rufián, cuando los jóvenes franceses, posiblemente con una carga de ingenuidad desmedida, llegaron disfrazados de “limpiavidrios”, “albañiles mugrosos”, “cartoneros”, “obreros tiznados de carbón” y hasta de algún “campesino con zapa al hombro”.

Los amigos de la señorita de Palermo rieron, gustosos, de la excelsa representación de los estudiantes franceses. Pero había alguien allá atrasito de la sala que no hizo otra cosa que suspirar y beberse un tequila hasta el fondo, amargamente. Su nombre era Javier, hijo de *obreros mugrosos* y estudiante de filosofía con el mejor promedio de la clase.

Javier corrió hasta el patio de aquella próspera casa y se desnudó. Tomó el machete del jardín y, después de unos

minutos, ingresó a la sala con los ojos desorbitados; apagó la música y gritó:

—*Me llamo Toussaint Louverture... ¡Morirán como cerdos!*

Todos huyeron de aquella fiesta, atemorizados.

Cuando la policía lo arrestó, dijo: *Era una fiesta de disfraces, nomás.*

El aburrido

—¿Te gusta el mar?

—Ya lo conozco; sí, más o menos.

—¿Y la montaña?

—Ya fui varias veces; más o menos, hace mucho frío.

—¿Te gusta viajar, andar en bicicleta sin remera, comer mariscos, hacer el amor, escuchar música bajo un parral, mirar las estrellas desde el techo, correr, caminar; te gusta el amanecer en los campos o las noches de verano?

—Sí, puede ser, más o menos. Los amaneceres me los pierdo porque duermo bastante y, eso de caminar o mirar las estrellas, me aburre.

—Y... ¿te gusta la lluvia o una cena sabrosa, o el fuego o la pimienta negra, o un abrazo de tus padres o un beso de alguna vecina atrevida; te gusta soñar?

—Sí, puede ser.

—¿Qué opinas de la muerte?

—Eso sí que no sé de qué se trata; ni idea.

(Conversación entre un hombre de edad que lucha contra el cáncer y un joven aburrido que lucha contra el aburrimiento).

Los malditos

El “Castillete” fue el rancho sagrado que construyó Armando Reverón en las playas de Macuto. Allí, mezclado con las arenas blancas del litoral venezolano o fundido con la claridad del día, radiante, en sus primeras horas de la mañana.

Armando Reverón, el maldito, hizo de la pintura un ritual, lejos de las normas artísticas de la ciudad. Solitario, desnudo, con barba larga y desaliñado, ensayó técnicas inusuales con musgo y óxido de hierro, renunciando a los materiales sintéticos del arte pictórico. Sólo después de su muerte sus cuadros fueron reconocidos; es bastante conocida su historia.

Pero existen muchos Armando Reverón.

En Otavalo, el “Viejo Raúl” ha sido inspiración de numerosos artistas y obreros textiles, en aquel lugar de planicies inmediatas a la cordillera, en el alto Ecuatoriano. Combinaba la pintura al óleo con el tejido de alpaca, creando armoniosamente figuras y paisajes extravagantes, con ambas técnicas.

Pero el hombre tenía otros andares, raras veces advertido en aquel pueblo. Los días sábados a la madrugada,

salía con sus bastidores de madera y visitaba el *Cabaret* de la vieja ruta. En silencio, componía obras, las más perturbadoras y maravillosas.

El Viejo Raúl logró retratar los cuerpos desnudos de las mujeres de aquel *Cabaret*; eran pinturas novelescas, pues relucían colores y perfiles que hablaban por sí mismas, cuando las hermosas prostitutas posaban de espaldas al espejo.

Raúl guardó sus obras en un sótano oscuro y harapiento. Pero, tiempo después, cuando la gente del pueblo descubrió sus amoríos con las mujeres de la ruta, entonces sus cuadros fueron quemados. Raúl, el maldito.

En el otro extremo de la cordillera, al sur, en los valles de Uco, hubo alguien a quien apodaron "Talacasto", por su vicio al vino tinto en caja. El gran artista y autodidacta, Don Navarro, colecciona sus pinturas en un pequeño taller de su casita en el barrio Los Robles. Pero para que todos puedan verlas replicó algunas de ellas en paredes de baldíos, bodegas viejas o muros abandonados. Dicen que en esos murales se distinguen los matices morados del vino de manera excepcional; y que cuando los niños las ven, entonces bailan, juegan y corren de alegría. Pero algunos padres les tienen prohibido a sus hijos observar esas imágenes, por si los demonios del vino usurpan sus almas. Talacasto, el maldito.

Una vez, hubo un joven pintor que no era de aquí ni era de allá; aunque por su piel o sus ojos negros agigantados se comenta que nació en Corrientes, en los poblados vecinos a El Palmar. Lo llaman el Tito Aiyú.

Sin fórmulas ni disciplina artística, creó un color blanco ensombrecido que lo nombró “cruel”, al pincelar figuras difusas de hombres, mujeres o niños asolados en hospitales, escuelas y neuropsiquiátricos. Y, por cruel, sus cuadros fueron prohibidos. Tito Aiyú, el último maldito.

El tomador de vino

No vamos a llevar una vida seca y llena de privaciones, decía convincentemente, dándole un sorbo al vaso de vino, de pie, apoyado de coté en la pared de la galería, durante la siesta pacaña de Mendoza.

El hombre, de mirada ligera y con sus manos partidas por la tierra y el sol, bebía vino durante todo el día. Pero eso sí: sabía beber. Jamás se abatía de borrachera ni caminaba burdamente entre las viñas o calles del pueblo y, en cambio, adquirió un estado de armonía e implacable serenidad que envidiaban hasta el lugareño más saludable y vigoroso.

Todo el día andaba el hombre saboreando la vida, acompañado del tinto amigo. Además, se despachaba con historias sobre trochas de gauchos y brujos del desierto. Pero lo suyo, esencialmente, era el gusto por el vino y las mujeres. Decía que *ya el mundo tiene demasiadas prohibiciones como pa' andar negándose al fruto del vino y al fruto del amor.*

Amanecido, solía acercarse alucinado a las cepas para acariciar los retortuños. Para él, había una magia en el vino que sólo se les revela a las personas que “viven viviendo”,

y que no existe magia alguna para las personas que “viven muriendo”.

Cuando se dé por morirme, échenme vino, así regreso,
les dijo a todos en aquella galería, dándole un sorbo al vaso,
hasta el fondo.

El cubano

Había llegado desde Cuba este médico de 70 años. Maleta en mano, camisa blanca y boina vasca que se ajustaba a su bigote diminuto, fue recibido por las autoridades de Puerto Ayacucho, allá en el corazón de la amazonía venezolana. Venía como parte de la misión “Barrio Adentro”, junto a cientos de médicos cubanos.

—*Doctor, este es el distrito indígena Atabapo. Lo vamos a hospedar en el hotel céntrico y, allí, tendrá todo lo que necesite. Si precisa algo no tiene más que llamarnos*, le dijo el alcalde.

—*¿Y dónde está el centro asistencial?*, preguntó el médico.

—*Está a unos 4 kilómetros, subiendo esos cerros, por la selva.*

El médico cubano dio la orden de visitar el sitio, inmediatamente.

Y allí se quedó, sin comodidades ni conveniencias.

Diez años después, ahí andaba el hombre, caminando Ayacucho, masticando frutos del monte y curando niños. Cuando murió, a los 92 años, los indios lo despidieron con mágicas danzas y lucernas de fuego. El alcalde estaba de vacaciones en La Habana, en un hotel frente al mar.

No aterrices la “güevada”

A sus 67 años, “el Cacho” sigue trabajando, fumando tabaco y bebiendo sin que la edad lo apure. De baja estatura, expresivo, bigote canoso y cabellera larga, “el Cacho” *vive viviendo*. Chileno hasta los huesos, se exilió en Suecia con su compañera de toda la vida, cuando Pinochet asaltó el Palacio de La Moneda. Tenía 28 años.

En el año '69, andaba haciendo de las suyas con su gran amigo “la Bestia”, quien sin duda merecía tal apodo: alto, corpulento, de mirada agría, siempre en guardia. Ambos pensaban que la revolución no se hace con discursos y que para vencer al mal gobierno había que arriesgarse, atreverse, poner el cuerpo.

Eran, “el Cacho” y “la Bestia”, una especie de dúo abrazados a la adrenalina y a la aventura azarosa de las armas y la política. Cuando en el mundo no había tantas cámaras de seguridad ni exagerada presencia policial, asaltaban bancos, camiones blindados o, si la cosa se ponía fulera, atracaban lo justo en tiendas exclusivas de Santiago para ayudar a la caja de la organización.

“La Bestia”, de hecho, tenía, acaso, algún tipo de fantasía bizarra, pues cada vez que ingresaba encapuchado a

los bancos su pene se ponía erecto; y no precisamente por los billetes: le excitaban las situaciones peligrosas, ásperas, al límite.

En el año 1969 secuestraron un avión de pasajeros para dirigirse a Cuba. Los atraparon en Iquique. *No aterrices la güevada ésta*, le dijo “el Cacho” al piloto. Estuvieron dos años presos. Allende los liberó en 1971, pero cuando la dictadura allanó los barrios de Chile, se escondieron un tiempo en Argentina, para luego marcharse a Suecia.

Aún viven allí, aunque una vez al año visitan a sus amigos en Chile o el cementerio de Santiago para brindar por los que ya no están. Tal vez, aún tienen planeada alguna aventura. Quién sabe.

El “gaucho” Castro

La Dictadura militar del '76 le había quitado las tierras al “Gaucho” Castro que, desde su remota niñez, trasladaba ganado desde *El Cepillo* hasta las fronteras imprecisas con Chile.

Su familia fue heredera legítima de cientos de hectáreas; extensos campos cordilleranos que daban carne, leche y queso a puesteros o paisanos, sin mediación monetaria ni compraventas tramposas. Por aquel entonces los gauchos conservaban limpiamente su forma de vida, el reglamento de supervivencia. Pero cuando los generales y empresarios poderosos le pusieron un arma en la cabeza, su única salida fue exiliarse en un barrio de San Carlos.

Desterrado, para no olvidarse del terruño, improvisó una huerta en ese patio de 10 metros cuadrados o cocinaba en la chimenea unas tiras de asado, a media mañana. Durante la tarde, diariamente, compraba las dos cervecitas necesarias para que la abstinencia no lo perturbe.

El gaucho Castro nunca abandonó el arte del tejido y la costura de cuero duro. Y si se lo veía en la vereda, mirando la cordillera, acertaba el pronóstico del tiempo, augurando los inviernos o temporales de verano.

Aunque su mirada denotaba la furia acumulada por los más de 30 años de usurpación, don Castro se hizo tan vecino del pueblo que, hoy en día, algunos añoran esas tonadas camperas que cantaba en esas noches sin luna, cuando las estrellas lo buscaban, extrañándolo.

Cuando secaron las Lagunas

Con tres cosechas arruinadas y buena parte de la estancia reducida a cenizas, don Servando Aguirre juntó a la peonada. —“Hasta aquí llegamos: saben que los he protegido mientras pude. Pero ya no puedo más. Ahora, que cada cual le prenda una vela a su bendito y se largue a caminar. No hay más trabajo ni hay nada. Vayan a pedirle conchabo a los turcos de la Alameda, que cada vez traen más embelequerías; o al Jefe Político o a los maricones que manejan el gobierno y toman vinitos con ajenjo mientras nosotros nos secamos al sol y la intemperie. A ellos les dieron su voto; bueno, que ahora ellos les den pan.

(Del libro *El tiempo diablo del Santo Guayama*,
de Horacio Concatti).

La paisana

A la 6 de la mañana llega la paisana a la finca de *Vista Flores*, con paso firme, zapa en mano. La cuadrilla de obreros la recibe con sana obediencia, esperando sus indicaciones, cuando en noviembre el ajo está maduro para la cosecha y en cada camión hay que cargar más de 7 mil kilos, al hombro.

Desde niña aprendió que la tierra entrega alimentos, agua y vida. Por eso, cuando observa la cordillera en esos atardeceres rojizos de primavera, entona en Quechua una canción del altiplano boliviano. Es su manera de retribuir a este suelo de montañas y valles de siglos y siglos.

La paisana tiene más de una década viviendo en el Valle de Uco; y aunque en la escuela les enseñan a sus hijos de fronteras, razas e idiomas, ella dice que Chuquisaca es el corazón de Sudamérica.

Aún conserva en su memoria los relatos de sus abuelos; es que bajo su curtida piel lleva la sangre Inca que le corre por las venas, insobornable. La ingeniería del riego y el cuidado del cultivo son, para ella, el tesoro de los ancestros que no pudieron arrebatar, después de siglos.

Cuando su familia logró, por fin, ser dueña de una finca abandonada por su patrón, compraron un tractor y se pusieron a trabajar. Con el tiempo ya tenían suficiente dinero para construir una casa o invertir en otras tierras. Pero la paisana y su familia nunca dejaron la ropa de trabajo ni de curtirse las manos bajo el sol.

Años después, su antiguo patrón les inició una demanda por usurpación ilegal de tierras. El hombre señorial lo quería todo: el campo, el tractor, los brazos de los niños y el ajo producido.

La paisana, entonces, le cantó al viento, pero los dioses la ignoraron; como también la ignoraron la Justicia, la Policía y los Amos del dinero.

“Algunos me dicen loco, y no me llaman por mi nombre”

Hijo de Carlos, respetado albañil, y de María Sandra, empleada doméstica del pueblo, aprendió desde niño los enigmas de la calle, del trabajo o del amor, no siempre generosos. Y cuando a sus 35 años decidió estudiar en la Carrera Superior de Historia, entonces, para él, las cosas fueron más claras. Es que, fuera del claustro, la vida tiene sus propias definiciones. Por eso, sin imposturas ni obediencia, supo moverse entre la calle y los estudios. Es uno de los mejores estudiantes del Instituto Terciario y, sin dudas, el vendedor callejero más excéntrico de Tunuyán.

Pero además tiene una pasión que conserva desde pequeño: correr. Hasta logró premios en competencias deportivas reconocidas del Valle de Uco. Aunque desde niño ya se le daba por trotar alrededor de la plaza del barrio Constitución, allá en su San Rafael natal, ciertamente su auténtico deporte fue la supervivencia, esa habilidad de sostenerse con coraje cada vez que la vida pone a prueba a los anónimos mortales.

Un verano -dice- enganché trabajo con un cuadrillero para la cosecha de uva. Estaba cosechando a metros del Manzano Histórico y yo comenzaba a cursar. Eran cerca de

las 16 hs., y el encargado dijo: "hay que llenar otro camión más". Entregué las fichas y dije, me voy. Todos se reían y me decían loco. Con la ropa llena de mosto, mal comido, cansado por la jornada con el tacho al hombro, empecé a correr a campo traviesa. Buscaba la forma de motivarme, me imaginaba cursando, tenía que llegar, debía llegar. Y llegué puntual: a las 18:35 hs. estaba en el Terciario. Pero el profesor llegó tarde, porque, nos dijo, había perdido el celular.

Así de sencillo puede describir su historia de vida y, claro, algo de este mundo torcido.

Cuando niño, la situación económica para su familia no fue fácil. Con apenas 9 años ayudaba a su padre en las obras, hasta que tiempo después adoptó el arte de la venta callejera. Vendía diarios, revistas de clasificados, ropa o ramos de flores en las calles céntricas y, durante los veranos, se empleaba en las cosechas de uva, ciruela o ajo.

Finalizó los estudios secundarios y se fue a trabajar a Buenos Aires en una fábrica de refrigeración eléctrica, pero cuando la empresa redujo el personal, quedó en la calle. Acudía a comedores para poder alimentarse y en las noches dormía en las estaciones de trenes, soportando las patadas de policías que lo despertaban a las 7 de la mañana. De hecho, perdió sus dientes por una golpiza de la Policía Federal. Nunca les dijo nada a sus padres.

Conoció por casualidad a un vendedor que lo llevó a conocer la Feria de la Villa 31, en Retiro. Juntaban cosas de la calle o pedían ropa en las casas para venderlas en la Feria. *En invierno íbamos a dormir al Parador de Retiro. Te preguntaban el nombre, por qué estabas ahí, si tenías familia, antecedentes, te asignaban un número, una cama y te asistía un psicólogo... como si la pobreza fuese sinónimo de estar loco*, afirma.

Al tiempo, volvió a Mendoza.

Pero cuando se trata de trabajo, la patronal en las fincas siempre tiene el reglamento de la explotación. Se empleó en una de las viñas más reconocidas del Valle de Uco. Puesto que la condición era que debía permanecer las 24 horas del día, decidió recrearse en las calles con algún trabajo independiente para seguir estudiando y corriendo. Entonces, reunió unos pesitos y compró un gazebo, un calentador, una olla grande, un delantal, dos termos, café, harina y se puso a vender sopaipillas con café en la Ruta 92 de Vista Flores, intercambiando algunos días con la venta ambulante de medias o repasadores.

Sigue trabajando y estudiando. Y sigue corriendo. *Algunos me dicen loco, y no me llaman por mi nombre*, dice Walter M. Guzmán.

Libia Pirela y el Lago

Así se llama esta mujer que vive en *Palmarito*, aquel pueblo afrodescendiente que nació hace más de tres siglos junto a las aguas serenas del lago de Maracaibo, cuando los africanos eran la carne más barata del mercado en épocas de la colonia.

Hoy en día, no hay habitante que no sepa de Libia Pirela. Es una de las más admirables cantautoras y compositoras de Venezuela, aunque más allá de las fronteras de Palmarito pocos conozcan su voz.

A sus 72 años, con los dedos callosos de tanto apretar esas cuerdas del *cuatro*, es única en esa tierra de intenso calor. Compuso más de 80 canciones, y cuando camina sola por el pueblo, el ligero viento de Palmarito extiende su falda, más allá del tiempo. Y cuando canta, hasta los pájaros callan. Libia le ha cantado a un hijo que ya no está, le ha cantado a la luna y al lago con destellos de luz; le ha cantado al amor como nadie le ha cantado.

Negra, solitaria, aguda, inoportuna, antigua como sus canciones.

Dicen los decires que se marchó de este mundo en el año 2018. Yo digo, sin embrago, que ahí anda doña Libia,

con su *cuatro*, tejiendo melodías, con esos ojos mirándote fijamente, porque ella miraba a los ojos, como aquellos que saben mirar.

Tal es así, que una tarde, incluso meses después de su muerte, dicen que apareció descalza con su vestido a orillas del lago de Maracaibo. Aseguran que sujetó el *cuatro* entre sus brazos y despuntó los acordes *menores* más hermosos. Dicen que le cantó a unos niños, dulcemente; y le cantó al color extraño de Maracaibo y también al aroma del monte y al dolor del hambre que, por las noches, sólo la música negra puede calmar.

El final

—No hay final... estas historias, relatos o como se llamen, no tienen final.

—Pero... ¿y qué fue del Oso, del Cacho, de Simone, del Pocho o de Doña Mercedes?

—Ahí están, dicen que caminan, por los rincones de este mundo; o que andan viajando, por el universo.

Índice

Prólogo	9
Amor de mendigos	13
El cantor de los cerros	15
Nadie les creyó	17
Pocho, el pescador	19
Doña Mercedes	21
Juan, el Albañil	23
El barco del Amazonas	25
El canto de cuna	27
La Pensión de Laura	28
Callejón	30
El hombre que sale los viernes de madrugada	31
La gloria	32
Salsa brava	34
Felipe, el cuentacuentos	36
La Ciudad	38
Sin techo en Jujuy	39
La Nación blanca	41
El loco	43
La esquina	44
Persecución	45
El ejército	46
El Calesita	47
El profe	49
El Mario	51
La quitamaridos	52

Gitanas	53
“Tuviste suerte, pelao”	55
La remediera	56
El Sosneado	57
Sin con Dios no se puede, mejor con el Diablo	58
La Cantina de José	59
Los Santos Bandidos	61
La maldición del Pico Bolívar	63
La que no sabe llorar	65
El loro borracho	66
Los muertos	67
La mujer con cartera	68
La resaca del guarapo	70
La fiesta de disfraces	71
El aburrido	73
Los malditos	74
El tomador de vino	77
El cubano	79
No aterrices la “güevada”	80
El “gaucho” Castro	82
Cuando secaron las Lagunas	84
La paisana	85
“Algunos me dicen loco, y no me llaman por mi nombre”	87
Libia Pirela y el Lago	90
El final	92



Se terminó de
componer e imprimir
en mayo de 2023
en Editorial Qellqasqa.
San José de Guaymallén
Mendoza, República Argentina.

editorial@qellqasqa.com.ar
www.qellqasqa.com.ar

RELATOS CORTADOS

“Relatos cortados” invita a explorar Latinoamérica a través de sus personajes cotidianos, a recorrer las leyendas que surgen por sus angostas calles y a sumergirse en sus historias mínimas.

Existe en cada uno de sus cuentos una musicalidad y un sabor que sacude el paladar y más de un sentido. Por momentos puede sonar una guaracha con gusto a caña, escucharse el lamento de una generación que quedó privada de sus tierras o el grito que nace de las entrañas en favor de la identidad.

Sociólogo de profesión, Diego Tagarelli ha incomodado las normativas académicas. Con este libro, su tercer obra después de “Nada más práctico que una buena teoría. Escritos de Mario Franco” y “El Sanador del Valle”, el autor nos revela personajes que emergen de las entrañas de los pueblos.

Un libro indispensable para conocer lo que nos identifica de la mano del realismo mágico.

ISBN 978-987-4026-88-0

